

La mente humana apenas puede captar la idea de la existencia espiritual; y lo mejor que el hombre mortal puede hacer es comparar la gloria de la eternidad con aquellas cosas divinamente designadas para prefigurar las del mundo eterno.

El oído del hombre capta solo la más pequeña proporción de los sonidos que lo rodean por todas partes; su ojo ve muy poco de lo que la luz en realidad revela; tan estrecha es la esfera en la que vivimos. Dios ha hablado del otro mundo, y lo ha descrito en lenguaje humano. Hay cosas que *ojo no vio, ni oído oyó*, pero Dios las ha revelado por su Espíritu; así que de las glorias de más allá, uno puede decir con verdad, *ni la mitad ha sido contada*. Por toda la eternidad, aquellos cuyos nombres están escritos en el Libro de la Vida del Cordero recibirán nuevas revelaciones de Jesucristo; y ellos mismos reflejarán cada vez más el carácter divino. Entonces se sabrá lo que es realmente la vida. A medida que el Salvador los guíe a las fuentes de sabiduría, los hombres sabrán que Él es «el camino, la verdad y la vida.» (Juan 14:6).

## **23. La Nueva Tierra**

El libro de Apocalipsis es una gran señal que apunta a la Nueva Jerusalén y a la tierra renovada. El crecimiento del carácter es lo único que acelera el camino que conduce hasta allí. La historia humana ha sido como el flujo y reflujo de la marea. Las olas rompen, rompen, rompen en la arena; pero solo una ocasional llega más allá del nivel de sus compañeras. David tuvo una buena oportunidad de observar las fluctuaciones en el progreso humano y los pasos hacia atrás; los tropiezos llevaron a la escritura de muchos salmos. Así surgió la oración: «Crea en mí un corazón limpio, oh Dios; y renueva un espíritu recto dentro de mí» (Salmos 51:10). El Apocalipsis de Jesucristo es una doble historia; muestra el amor de Jesucristo que ha encontrado al hombre y a la iglesia, mientras esta ha seguido su curso zigzagueante; y retrata un carácter que, por la gracia de Dios, hizo un camino recto de la tierra al cielo. El camino que Él pisó es el camino a la

Nueva Jerusalén. Las siete iglesias comenzaron donde Su vida terminó, y su obra termina solo donde las puertas de la ciudad están abiertas para recibirlas.

Los siete sellos retratan los sufrimientos del Cordero inmolado en el cuerpo de Su pueblo; y el séptimo deja el cielo en silencio mientras los ángeles recogen a los redimidos de la tierra. Las siete trompetas son tocadas al oído de todas las naciones; todo el mundo registra la historia del Hijo del Hombre, y la séptima entrega los reinos en manos de Aquel que reina como Rey de reyes en la tierra, con Jerusalén como Su capital.

El nacimiento de Cristo, la crucifixión y la obra en el cielo desde la ascensión, — todo apunta al reino restaurado. La historia de la bestia y de la imagen de la bestia, ambas registran la persecución de un pueblo que será súbdito leal del Rey de la tierra. Si se estudian los ciento cuarenta y cuatro mil, se encuentra que son el Remanente, arrebatado del mismo abismo de destrucción, para reinar en la tierra como reyes y sacerdotes, por toda la eternidad. Las plagas no son más que la señal de la autodestrucción de todas las fuerzas opuestas a la ley de Dios; y preparan el camino para la purificación de la tierra por fuego, preparatoria para la restauración del paraíso de Dios.

Cristo prepara la ciudad capital en el cielo; mientras que en la tierra Él moldea el carácter de Sus súbditos. Ciudad y pueblo se encuentran en la nueva tierra. Los muchos caminos trazados en el libro de Apocalipsis conducen a la vía principal que termina en las puertas de esa ciudad. El último capítulo del libro, — un cierre apropiado para una historia como la revelada en los otros capítulos, ofrece una descripción de la tierra rescatada de todo pecado, — el Edén restaurado.

El primer Edén permaneció en la tierra una cuarta parte del período de la historia de la tierra. Con su puerta cerrada y un ángel guardando el árbol de la vida, fue una maravillosa lección para los habitantes del mundo antes del diluvio. Antes de la destrucción de la tierra por agua, el huerto fue transportado al cielo, y la promesa desde entonces ha sido: «Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios» (Apocalipsis 2:7).

En el Edén, el árbol de la vida crece a orillas del río de la vida. Mientras Adán y Eva comieron del fruto de ese árbol, la vida fue eterna. Las aguas eran dadoras de vida. Esta virtud ha sido perdida por los ríos de la tierra, a través de la maldición del pecado, sin embargo, cada río que fluye es un recordatorio para el hombre del río de la vida que procede del trono de Dios. La fuente de este río es Dios, — la fuente, o cabecera de todas las verdades; y fluyendo de Él, que es infinito y eterno, significa la propagación de la verdad por toda la tierra. En el Edén, esa agua tipificaba a Cristo; y allí, comulgaron con Él tan libremente como bebieron de las claras aguas que fluían. Los arroyos del trono siempre han regado la tierra, pero nunca ha habido canales lo suficientemente fuertes para un flujo sobreabundante. En la nueva tierra, ese río será restaurado. Cristo mismo guiará a Su pueblo a la fuente de aguas vivas. «Tú los harás beber del río de Tus deleites. Porque contigo está la fuente de la vida» (Salmos 36:8-9). «¡Oh, todos los sedientos!» (Isaías 55:1). «El Espíritu y la Esposa dicen: *Ven. ... El que tiene sed, venga*» (Apocalipsis 22:17). Jesús dijo: «Cualquiera que bebiere del agua que Yo le daré, no tendrá sed jamás» (Juan 4:14). «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías a Él, y Él te daría agua viva» (Juan 4:10).

Juan era aficionado a la figura, y parecía captar las palabras pronunciadas por su Maestro, como ninguno de los otros discípulos las captó. Quizás esto se debió al hecho de que, antes de escribir el evangelio, había visto una descripción tan clara de la nueva tierra que ciertas palabras de Cristo vinieron vívidamente a su mente.

Cada río es un tipo del río de la vida; y cada árbol que crece le recordará a quien escuche la voz de Dios, ese árbol de la vida, que crece en ambas orillas del río. El verdadero árbol del Edén fue transportado al cielo; pero sus ramas se representan colgando hacia la tierra, y su fruto, al menos en tipo, ha sido recogido por aquellos que tenían hambre de alma y que lo buscaban con ansias. Florecerá en realidad en la nueva tierra, dando su fruto cada mes, doce clases de fruto que suplirán cada necesidad del ser espiritual. No habrá falta. «Las hojas del árbol

eran para la sanidad de las naciones» (Apocalipsis 22:2), y «su hoja para medicina» (Ezequiel 47:12). Toda la guerra y la contienda de las naciones han surgido porque el hombre no comió del fruto del árbol de la vida. Toda la controversia de seis mil años se originó cuando el hombre comió del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Ese árbol no se encontrará en la tierra renovada, y los fuegos de los últimos días consumirán a todas las naciones que han continuado comiendo de su fruto. «Las cicatrices y los moretones» (Ezequiel 47:12, margen.) causadas por comer su fruto serán sanadas por las hojas del árbol de la vida.

Cristo es el árbol de la vida, el pan de vida y el agua de vida: el hombre vivirá en Él; y sin embargo, en la nueva tierra como en este mundo, la naturaleza, en todas sus características, simbolizará lo que Cristo realmente es para el hombre. A medida que los redimidos participen del fruto del árbol de la vida, a sus almas llegará la historia de la redención. Por medio de individuos y de naciones, Dios ha intentado demostrar la posibilidad de vivir bajo la sombra del árbol del conocimiento del bien y del mal, y sin embargo comer del fruto del árbol de la vida. Esta es la vida de fe, y aquellos que se reúnan alrededor del árbol real en la nueva tierra, serán aquellos que hayan participado de ese fruto cuando el otro estaba cerca, y se les ofrecía como un bocado tentador.

En Israel, como nación, Dios quiso ilustrar las verdades del cielo; y si hubieran seguido donde Él los guio, Él, a través de ellos, habría mostrado a todas las demás naciones que el árbol de la vida podía florecer en la tierra, y que una nación podía ser sanada por sus hojas. Israel, no dispuesto a comer solo del alimento de Dios, mezcló el bien con el mal y se volvió como todas las demás naciones. En la tierra restaurada, todas las nacionalidades, todas las tribus y pueblos se reunirán, por primera vez, y con un idioma común adorarán a nuestro Dios. El fruto y las hojas del árbol de la vida los unen a todos. Cristo vino «a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10). En el río de la vida y el árbol de la vida, junto con la bendición que cada uno asegura, se restaura mucho de lo que se perdió con la entrada del pecado.

El ángel dijo a Juan: «Ya no habrá más maldición» (Apocalipsis 22:3). «Las cosas pasadas no serán recordadas, ni vendrán a la memoria. Antes bien, alegraos y regocijaos para siempre en lo que Yo creo; porque he aquí que Yo creo a Jerusalén para alegría, y a su pueblo para gozo» (Isaías 65:17-18). La presencia del gozo implica la restauración de las familias; y en esto, se encuentra una de las más hermosas promesas de la nueva tierra. El pecado ha estropeado las relaciones familiares: la maldición ha entrado en todas las familias, si no de una forma, ha llegado de otra. La familia ha sido el lazo más estrecho entre el cielo y la tierra. En medio del pecado y la profunda degradación, la devoción desinteresada de las madres por su descendencia ha hablado del amor de Cristo en un lenguaje que ha llegado a todos los corazones, desde el de Dios en el trono hasta el del infiel que desprecia el nombre de Dios. La verdad de que «Nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero» (1 Juan 4:19) aún permanece; y cuando un toque de amor ha nacido en el fango del pecado, es el reflejo del amor del Cielo. En la nueva tierra, tal amor encontrará su recompensa; porque Él «coloca a los solitarios en familias: saca a los que están atados con cadenas» (Salmos 68:6).

«Oh, Tú que oyes la oración, a Ti vendrá toda carne» (Salmos 65:2). Hoy muchas familias están divididas. Algunos miembros desean comer del pan espiritual, y otros prefieren el alimento que nutre a las naciones de la tierra. Esto crea una línea de separación; porque aquellos que son espirituales se sitúan en un plano, y el hombre físico en otro. «El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna» (Gálatas 6:8). Cuando llegue la separación, como sucederá al final del tiempo, Dios establecerá las almas espirituales en familias, — familias de las que habrían sido miembros si el pecado nunca hubiera existido. El amor de los padres por sus hijos es un tipo del amor del Padre por la humanidad; y para consolar los corazones de las madres, existe la promesa de que los niños pequeños perdidos en la tierra serán restaurados a sus padres en la nueva tierra. La promesa fue hecha a Israel: se cumplirá para aquellos que son

verdaderamente israelitas. El dolor de una madre por su hijo moribundo se siente en el cielo. «Voz fue oída en Ramá, llanto y lloro amargo; Raquel que lloraba por sus hijos, y rehusaba ser consolada por sus hijos, porque perecieron» (Jeremías 31:15). «Así ha dicho Jehová: Reprime del llanto tu voz, y de las lágrimas tus ojos; porque tu obra será recompensada, dice Jehová, y volverán de la tierra del enemigo» (Jeremías 31:16). Esta profecía de las madres que lloraban se cumplió en las madres de Belén, que lloraban por sus hijos en los días de Herodes, y fue un tipo de cada madre en Israel llamada a lamentar la muerte de su infante. En ella también hay una promesa de la resurrección de los niños.

Cuando el Sol de justicia se levante con sanidad en Sus alas, estos «crecerán como becerros de la manada» (Malaquías 4:2). «No habrá más allí [en la nueva tierra] niño de días, ni viejo que sus días no cumpla;» (Isaías 65:20) porque la maldición es quitada, y no habrá más muerte. El niño crecerá como un «becerro de la manada» (Malaquías 4:2), y ningún hombre en esa tierra de vida morirá jamás. Antes de que la tierra sea renovada, el niño de cien años morirá, y el pecador será maldito. Allí, tendrán acceso al árbol de la vida, y beberán del agua de la vida, y vivirán por toda la eternidad. En lugar de la maldición de la muerte, estará el trono de Dios y del Cordero. El trono de Dios es un trono viviente. Por primera vez desde la creación, Dios podrá ser visto cara a cara. El hombre fue creado inferior a los ángeles por un poco de tiempo. Mientras estamos en la tierra, oramos: «Haz resplandecer Tu rostro; y seremos salvos» (Salmos 80:3). Entonces la plena luz de Su semblante estará abierta a la mirada del hombre, «y Su nombre estará en sus frentes» (Apocalipsis 22:4).

Génesis es la primera exposición, en lenguaje humano, del plan de salvación. Cada libro siguiente de la Biblia es una explicación adicional de las verdades expuestas en Génesis. Apocalipsis es el Omega, — la reunión de todos los hilos de la verdad, — un encuentro de todos los caminos. El capítulo veintidós es un resumen del libro de Apocalipsis. Como si a Juan le resultara difícil comprender las escenas que contemplaba, Gabriel repite: «Estas palabras son fieles y verdaderas» (Apocalipsis 22:6). Según todas las apariencias, la tierra no estaba

lista para el paraíso cuando se extendió en vista panorámica ante Juan: del mismo modo, según el ojo humano mide las circunstancias, el mundo parece hoy más lejos de ese tiempo; pero «El Señor Dios de los santos profetas ha enviado Su ángel, para mostrar a Sus siervos las cosas que deben suceder pronto. ¡He aquí, vengo pronto!» (Apocalipsis 22:6-7). Y Juan, viendo y oyendo estas cosas, volvió a postrarse a los pies de Gabriel para adorarle; y de nuevo el ángel dijo: «Mira, no lo hagas» (Apocalipsis 22:9). Gabriel se declara consiervo de Juan y de todos los que guardan las profecías de este libro. Los ángeles, así como los hombres, obedecen la palabra de Dios revelada a los profetas, porque las profecías son un despliegue de la ley de Dios.

Se ha hecho referencia más de una vez a las profecías de Daniel, que Gabriel ordenó a ese profeta sellar hasta el tiempo del fin. El Apocalipsis profetiza la desprecintación de ese libro, y Gabriel le dice distintamente a Juan que las palabras que él había escrito no debían ser selladas; porque el tiempo de su cumplimiento estaba cerca. La expresión es tanto literal como profética, pues el registro comenzó con la vida de Juan y se extendió hasta la eternidad. La venida de Cristo está cerca; las señales que preceden a Su venida ya han aparecido.

En 1844 el tiempo profético terminó; este fue el fin de los dos mil trescientos días de Daniel 8:14. Fue el comienzo de una nueva obra; y cuando el juicio entonces comenzado termine, evento que las profecías dicen está cerca, Cristo se levantará de Su trono de juicio, con las palabras: «El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía» (Apocalipsis 22:11). Cuando estas palabras sean pronunciadas, los cielos se prepararán para Su segunda venida. «He aquí, Yo vengo pronto» (Apocalipsis 22:12). Mientras la misericordia aún persiste, el hombre, al volverse a Cristo, puede tener su corazón purificado; su mente hecha un canal para pensamientos divinos. Solo aquellos que son Sus siervos en esta medida, pueden decirse que han recibido Su nombre en la frente. Todos los demás son inmundos, y son contados con la familia de Satanás, quien es el padre de la mentira.

Al cierre del tiempo profético, Cristo vino en juicio. Hoy el mensaje se dirige a la tierra; y está creciendo hasta convertirse en el fuerte clamor: «He aquí, Yo vengo pronto, y Mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra» (Apocalipsis 22:12). El que ha estado sembrando para su carne, segará su recompensa que es la muerte. El que se ha sometido al poder gobernante del Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. Los temas del juicio del mundo, la recompensa de los justos y el castigo de los impíos, son hilos en la trama tejida en el telar de la eternidad. El Edén y la nueva tierra se dan la mano en la expresión tan a menudo repetida en el libro de Apocalipsis: «Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último» (Apocalipsis 22:13). «Yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día» (2 Timoteo 1:12). «Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra ... la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Filipenses 1:6). La obra, planeada antes de que se pusieran los cimientos de la tierra, se cumple sin alteración, a pesar de la introducción del pecado. La única diferencia que habrá, es en la fortaleza de carácter que se desarrolle durante el viaje por el valle de sombra de muerte.

En el Edén, la palabra de Dios fue dada a conocer al hombre por los ángeles en el árbol de la vida. De la obediencia dependía el derecho a comer del fruto de ese árbol. Satanás hizo parecer que la obediencia a los mandamientos era una exigencia tiránica, y en el árbol del conocimiento del bien y del mal, proclamó que el hombre sería como dioses. El error de todos los tiempos, — la esperanza de vida eterna por otros medios que no sean la obediencia a los mandamientos, — es el objeto de la controversia. En el Edén, al principio, los mandamientos y el árbol de la vida fueron colocados juntos. Cristo en Su enseñanza personal y en Su vida, los unió de nuevo, diciendo: «Las palabras que Yo os hablo, son espíritu y son vida» (Juan 6:63); y Juan, escribiendo para aquellos que están en la puerta de la Nueva Jerusalén, dice: «Bienaventurados los que guardan Sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y puedan entrar por las puertas en la ciudad» (Apocalipsis 22:14).

La ley de Jehová es una ley de vida; aquellos que están sellados, son guardadores de los mandamientos; y la última lucha de la tierra, será sobre la cuestión de la inmutabilidad de la ley. Este entonces, es otro hilo, tan a menudo miserablemente torcido y anudado, que se teje en su lugar apropiado, en este capítulo final. Fuera están los perros y hechiceros, los falsos profetas, los asesinos, y todos los que, de palabra, dan falso testimonio, o por su vida, desmienten el nombre de Cristo; pero a la iglesia Él le dice: «Yo Jesús he enviado Mi ángel para daros testimonio de estas cosas» (Apocalipsis 22:16). «Aquí está la paciencia de los santos: aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús» (Apocalipsis 14:12). Como descendiente de David, Él habla con la autoridad del legítimo gobernante de la tierra. Allí, Sus mandamientos son el fundamento de Su trono y la ley de Su reino. Él es la estrella resplandeciente de la mañana, y guía el universo; Él anuncia un nuevo día, cuando el tiempo ya no existirá, y la eternidad será ininterrumpida. El nuevo día está a punto de comenzar; es inaugurado por la cena de las bodas del Cordero. La invitación a ese banquete la dan el Espíritu, el Esposo y la Esposa. Hay poder en la palabra «*Ven*»; porque el Espíritu la inspira, y todo lo que es inspirado por Dios es. Aquí está la misma experiencia que Pedro tuvo en el mar tormentoso. El Maestro dijo: «*Ven*», y mientras el discípulo creía, las olas formaban un firme cimiento. Cuando dudó, comenzó a hundirse. Hoy el Espíritu dice: «*Ven*»; y el que cree en el poder de Dios para salvación, será llevado por la única palabra, «*ven*». Es una palabra viva, como la palabra pronunciada durante la semana de la creación. Así como los árboles han continuado creciendo año tras año, cada roble dando bellotas, así la palabra «*ven*» ha sido repetida por aquellos que escucharon el sonido, y cualquiera que quiera, ha bebido de la fuente de la vida. Aquellos en quienes la Palabra vive, se convierten en voces vivas que repiten la invitación: «*Ven*», «¡Oh, todos los sedientos, venid!» (Isaías 55:1). «Cualquiera que sea la cosa que os mando, cuidado de hacerla» (Deuteronomio 12:32). Esta es la voz divina hablando. «No añadiréis a la palabra que Yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios» (Deuteronomio 4:2).